

Rosa Sala Rose,  
*Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*,  
Barcelona, El Acantilado, 2003

El Holocausto y la guerra de agresión desencadenada por los nazis, dice Rosa Sala, «son solo la punta del iceberg de un universo ideológico que se sumerge en las gélidas profundidades de una parte de la conciencia europea y que, en mayor o menor medida, fue compartido por miles de personas, incluso por muchas de las que torcían el gesto con desagrado ante la simple mención del ubicuo nombre de Hitler». Hasta aquí nada realmente nuevo con relación a la línea ya asentada tras los numerosos estudios y debates de estos últimos años sobre el fascismo y el nazismo, el período de entreguerras y, en especial, la crisis de la República de Weimar, así como sobre la Segunda Guerra Mundial y su larga sombra. La afirmación de la existencia de una cultura que permite, cuando no propicia, el desarrollo del movimiento nacionalsocialista, se encuentra en todos ellos: en el amplio debate que en los 80 tiene lugar entre los historiadores alemanes, el *Historikerstreit*, que salta inmediatamente las fronteras del mundo académico, al que sigue, prácticamente sin solución de continuidad el provocado por la obra de D. Golhagen que tiene una amplia repercusión mediática internacional. Algo similar ocurre en otros países, como en Francia en donde se ha asistido, después del proceso de K. Barbie y, sobre todo, tras el juicio a M. Papon, a una agitada y controvertida revisión sobre el alcance e implantación ideológica del régimen de Vichy y el grado de colaboración de la sociedad francesa con el régimen ocupante o, más recientemente en Polonia, en donde la publicación en 2001 del libro de J. Gross sobre la masacre, a manos de sus propios vecinos, de los judíos polacos de Jedwane abre una brecha sobre una memoria reprimida y silenciada durante mas de medio siglo. Algo similar está sucediendo en muchos otros países, como se ha analizado en detalle en varios números anteriores de esta misma revista.

Tampoco es nueva la concepción del nazismo como una *religión política* —según el término acuñado en los años 30 por E. Voegelin—, en la que se aglutinan una serie de elementos que ya estaban presentes en la Europa post-ilustrada, construyendo con ellos una «forma de ver al hombre y el Universo que se oponía frontalmente a los principios de la tradición judeo-cristiana» (15).

Sin embargo este libro erudito, ampliamente documentado y de lenguaje ágil, es nuevo. No tanto por la huella de la teoría crítica de la Ilustración, patente en muchas de sus páginas, sino por el modo formal que adopta el estudio, una de cuyas grandes aportaciones es su presentación en forma de diccionario, compuesto de cerca de setenta entradas y completado por un muy útil glosario de nombres y un bien construido índice. Una presen-

tación que no debe confundir, porque si ciertamente se trata de un diccionario, la obra es bastante más que un mero catálogo de términos o que una mera enciclopedia. No lo es porque la detallada exposición de los elementos dispares que componen la cosmovisión nazi, aunque estén ordenados alfabéticamente, se hace con una maestría que los une por un hilo, no siempre visible que, sin embargo, los enlaza. Y así, el águila, la antorcha, el fuego, el arma milagrosa, la espada, la música, los Nibelungos y el Grial, aparecen junto al culto al cuerpo y la naturaleza, el vegetarianismo, practicado y defendido como un credo por los líderes nazis —Hitler, igual que Hess, era vegetariano— la defensa de los animales, el rechazo a lo urbano a la par que la exaltación de la modernidad, el anticlericalismo combinado con una afirmación de la creencia en Dios, los mitos de la Atlántida, los símbolos identificadores, la esvástica, la idea de pureza, terminan todos ellos por ser resumidos en el concepto de lo ario que a todo lo engloba y todo lo domina.

Este libro, cuya coherencia y alcance analítico admiten y animan a una lectura del mismo sin interrupciones de principio a fin, desvela el modo en que algunos de los símbolos y de las creencias defendidas por los nazis siguen presentes. Igual que lo está una determinada estética. La pregunta sobre la conexión entre esa estética y la cosmovisión que dio lugar a las atrocidades, humanas, contra la humanidad, resulta inquietante. Y pertinente. Igual que lo es la lectura de este libro, obra de referencia desde el mismo momento de su aparición.

CARMEN LÓPEZ ALONSO